

Qué es la subjetividad

Raúl Corral Quintero*

En la búsqueda de los orígenes, siempre perentoriamente, se encuentran ambivalencias que, como dos fuerzas antagónicas, afirman y contradicen la realización de cada origen; antípodas que, en el fondo, siempre resultan ser partes constitutivas del mismo origen. Y, esa contradicción unitaria, es la *fente única infinita* de la cual emanan todos los significados. Pero, más allá de lo nombrado, desaparecen las diferencias en que se sustenta la existencia. En el desenvolvimiento de las cosas no hay nada externo, es en sí mismo. El conocer representa a las cosas, es un desdoblamiento de la realidad que no implica que las suplante ni que se ubique fuera de ellas. La esencia y principio de las cosas son lo negado (o inconciente, lo no conciente) de cada afirmación, y cualquier pensar o hablar acerca de las cosas es lo afirmado (o conciente, lo conocido). Así, siempre que se afirme algo se niega al universo infinito. De esta manera, la búsqueda de los orígenes significa la explicación de la existencia misma y la única respuesta es el retorno al origen, un alejar desalejado, un dejarse llevar por la voluntad pura.

Palabras clave: conciencia, inconciente, ser, cosa, conocido, significado, teoría, representar, idea, subjetivo, objetivo.

El surgimiento de la *singularización de la cosa* y su darse en la existencia misma es la premisa ontológica fundamental de que trata el *principium individuationis*. La primera noción del nivel conciente surge de un dualismo primigenio, puesto que *yo* refleja a la naturaleza que es la única generadora de realidad (incluso, generadora del propio portador de su *autoconocimiento yoico*). El *yo* reproduce a la realidad en abstracto, lo cual tuvo que suceder después de que el ser humano tomó conciencia de que él era quien reproduce a la realidad. Surge el *yo conciente*, que es el que conoce

* Profesor investigador del Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa. Correo electrónico: coqr@xanum.uam.mx

lo que se encuentra *fuera de sí*. Nace entonces el *alter ego*, que significa “conciencia de lo otro, ver afuera desde uno”. Lo otro “se separa” de Uno. El yo y el no yo, forman un nudo, una mezcla. Aparecen las formas primarias del yo conciente (como “yo reproduzco las condiciones del fuego a voluntad”) e, inmediatamente, el *yo social* (al igual que yo, lo hacen otros seres de la misma especie). La visión dual es producto del desdoblamiento de lo real ejecutado por el observador mismo, producto de la participación individuada dentro de un universo integral.

En la filosofía antigua no existe tratamiento sobre el dualismo primigenio, pues se consideraba lo *realesencial* como expresándose de manera antipódica, pero como algo inherente a lo real mismo, sin tomar en cuenta aún la participación en la existencia, el dualismo se tomaba como *principio interior formativo* de las cosas. No se entendía a la individuación como separada objetivamente de lo realesencial, sino emergiendo sin separarse nunca del *substratum* que le produce. Como el amor/odio de Empédocles, *spérmata*/igual de Anaxágoras, la guerra/*logos* de Heráclito, el átomo/vacío de Demócrito, etcétera. Sin embargo, es Sócrates el primero en instaurar la autorreflexión sistemática de las antinomias existenciales, como mal/bien, amor/odio, verdad/error, virtud/vicio, placer/dolor, entre otras. Sócrates pensaba que el Ser individuado producía tales dualismos, que interrogando lógicamente a la esencia se cae de manera inevitable en una visión dual del universo, reservando al Ser su carácter emanador. A partir de la instauración del *principio de individuación* por Aristóteles, se empieza a concebir al Ser separado de su existencia para su análisis, pero Aristóteles, al igual que Platón, no tomaba a lo realesencial en partes separadas si no es por el mero ejercicio de la abstracción. Esta visión unitaria del mundo prosiguió durante la Edad Media; no es sino hasta la separación de lo objetivo (*res extensa*) de lo subjetivo (*res cogitans*) realizada por Descartes, y de la separación del Ser del pensar de Kant, cuando se posibilita el conocer separado del que conoce, o el conocimiento objetivo, que caracteriza a la desalmada idea moderna de ciencia (lo objetivo subordinado a lo objetivo). Posteriormente, en un primer intento de reintegrar el alma a las cosas, Arthur Schopenhauer (apoyado en Berkeley) arriba a lo contrario a la subordinación de lo objetivo a lo subjetivo, la visión de que lo objetivo (*existentia*) es producido por lo subjetivo (*essentia*), posibilitando a la psicología. A principios del siglo XX, William James, bajo un punto de vista integrado, propone la complementariedad de lo subjetivo con lo objetivo; premisa que, veinte años después retoma Niels Bohr, asentando las bases de la física cuántica

en la Carta de Copenhague, cuando afirma que todo experimento depende del observador (1925). En la segunda mitad del siglo XX, toda posmodernidad se fundamenta en el principio máximo de Schopenhauer de que todo conocer es subjetivo (el mundo sólo es representación de la voluntad subjetiva). Carl Jung da primera respuesta al principio de individuación de Aristóteles, sincronizándolo con el *proceso de individuación*, que sentará las bases de subjetividad creadora que posee toda psicología transpersonal desde la década de 1980. Finalmente tenemos a David Bohm, quien introduce en el paradigma holográfico la premisa de que todo se encuentra incluido en el individuo (1988).

El orden simbólico

En *Esto no es una pipa*, Michel Foucault comenta la obra del pintor belga René Magritte y concluye que “la letra permite fijar las palabras; como línea, permite representar la cosa. De ese modo, el caligrama pretende borrar lúdicamente las más viejas oposiciones de nuestra civilización alfabética”.¹ El lenguaje hechiza al cerebro al desdoblar lo real en lo significativo que trata de referir a lo significado, pese a ello, lo significado siempre huye resistiéndose a ser encerrado en palabras y representaciones. Ante el *Décalcomanie*, Foucault opina que la obra del pintor Magritte muestra que el desdoblamiento de lo real lo devela la unicidad donde “ semejanza implica una aserción única, siempre la misma: esto, eso, también aquello, es tal cosa” (Foucault, 1981: 68). Y, ante *La traición de las imágenes*, un cuadro que representa una pipa perfectamente pintada, Foucault comenta cómo de manera visual se muestra que las palabras refieren a las cosas más sólo las cosas son. Magritte pregunta en el recuadro: “¿puede usted llenarla? No, claro, se trata de una mera representación, del dibujo de una pipa. Si hubiese puesto debajo de mi cuadro ‘Esto es una pipa’, habría dicho una mentira” (Paquet, 1994: 9).

La *Cosa* para Foucault, como para Saussure y Lacan, es lo significado perenne que se resiste a ser atrapado en el significante constituido por las palabras. Lo *realsignificado* siempre escapará, condenando indefectiblemente a convertir en inocuo todo lenguaje (Foucault, 1968: 83-125). Lo anterior

¹ El pintor aludido muestra un dibujo de una pipa, y el título reza: “Esto no es una pipa” (porque es el dibujo de una pipa) (Foucault, 1981). Esta cita última corresponde a la pág. 34

afecta de igual manera a la ciencia clásica, la palabra *teoría* que deviene del latín *theoria*, que significa “representación”, posee la misma raíz que la palabra *theatrum* de la que se deriva la palabra *teatro* que quiere decir ver o hacer un espectáculo. Ambas definiciones poseen en común que son representaciones. En el caso de la teoría, los conceptos aluden a la realidad pero no la contienen, condenados a ser siempre representación de lo realesencial.

Para Foucault, la subjetividad se determina a partir de la acción verbal. Todo verbo, en su semiótica, se origina a partir de la expresión subjetiva. El verbo indica, de manera contradictorio-complementaria, la relación propositiva afectada por las apreciaciones intersubjetivas. El lenguaje intenta contener el carácter inacabado de realidades fragmentadas que se transforman en reestructuración constante, pero sucede que a cada momento que se les encierra, estas realidades escapan convirtiendo al lenguaje en búsqueda perenne de sentidos en la realidad. Existir es lenguaje, socialización, comunicación, interacción subjetiva, simulación de lo real: *seducción*. Por mediación del lenguaje emana la totalidad fenoménica que define a la existencia misma, determina a lo realverdadero como concepto encerrado de lo vivido, pero el lenguaje al referirse a lo realverdadero deja de ser. El lenguaje nunca contiene lo realverdadero, construye lo *realsignificativo* desplegando historias que conformarán lo *realsimbólico* y lo *realhistórico*, pero no lo realverdadero. Existir es *logos*, constricción de sentidos en el acto de referir. Pensar es trabajo sobre imágenes, construcción de estrategias discursivas, estructuración de signos conceptuales de orden *ratio*, finalmente, producción de teorías que arriban a visiones axiomatizadas del mundo. El lenguaje constriñe lo abstraído en el acto del habla y, por mediación de la lógica, impone formas a lo realverdadero en el inútil afán de contenerlo. Pensar, hablar, hacer, constituyen los actos trascendentales del Ser, medios para su expresión en el existir. En cambio, *no pensar*, *no hablar*, *no hacer*, son los actos inmanentes que constituyen al Ser, al Ser en sí mismo.

La termodinámica, aplicada a los niveles físico y biológico, ha tomado como unidad básica de información los flujos energéticos. El cuerpo humano, como todo ser viviente, es un *objetio* reciclador de energía. Norbert Wiener, con base en la teoría de las comunicaciones de Shannon, considera que la interacción simbólica es susceptible de ser medida en términos de la interacción orden-caos o si-no, sometiendo al lenguaje a la lógica binaria, uniendo la física y la biología con las ciencias sociales. Wiener (1958: 15, 18) afirma que “sólo puede entenderse la sociedad mediante el estudio

de los mensajes y de las facilidades de comunicación de que ella dispone... la comunicación y la regulación constituyen la esencia de la vida interior del hombre, tanto como de su vida social”. Todas las diferencias entre los fonemas de cualquier lengua son susceptibles de remitirse a la lógica de las oposiciones binarias, de rasgos distintivos. Así, es posible descomponer cualquier fonema en rasgos distintivos e indivisibles en sí mismos. En el nivel psicosocial, la energía es transferida en lenguajes y símbolos de todo tipo, que se intercambian constituyendo la sublimación simbólica (Lacan, 1968).

La aseveración de que el lenguaje es binario la sustenta Wiener en Leibniz, quien en sus *Investigaciones generales* demuestra que el lenguaje es matemático. Según Leibniz en primer lugar tenemos que “No-no-A es lo mismo que A... todo término se entiende como positivo, a no ser que se advierta que es privativo” (Leibniz, 1986: 19). Es decir, en términos privativos (que preferimos llamarlos “negativos”), *No*, no es lo contrario de *Sí* como se entiende comúnmente, sino que No es lo no de Sí, es decir, que envuelve al Sí. Por otro lado, en términos positivos, tenemos que Sí, se afirma finitando lo infinito. Cuando se dice o se hace algo se refiere a ello y nada más, el significante está ausente en lo significado que se muestra como la sombra o la negación de lo afirmado, mientras que lo afirmado se presenta como una mancha siempre susceptible de ser interpretada de manera dualista o simétrica, siendo ello la base de la cibernética. Es decir, a mayor negación hecha en cada afirmación, mayor determinación y contenido informático tendrá; por el contrario, a menor grado de negación mayor indeterminación e información contendrá cada afirmación. Wiener propone que la relación orden/desorden podría aplicarse a la información con el fin último de destacar la relevancia simbólica, ubicando el problema en el ámbito de la comunicación. Los símbolos se intercambian instaurando niveles sistémicos *input/output* de frecuencia, haciendo posible la autorregulación social.

...el grado de orden de un sistema es definible en otro lenguaje: el de la información. El orden de un sistema, en este lenguaje, es igual a la cantidad de información necesaria para la *descripción* de este sistema... Idea extremadamente fecunda, pero que puede dar lugar a generalizaciones o asimilaciones imprudentes. Es sin embargo legítimo considerar que uno de los enunciados fundamentales de la teoría de la información, a saber que la transmisión de un mensaje se acompaña necesariamente de una cierta disipación de la información que contiene, es el equivalente, en informática, del segundo principio en termodinámica (Monod, 1993: 204).

Cada algo es determinado por las pulsaciones hipotalámicas impuestas a los sentidos (Wiener, 1982). El mundo existenciario es uno pleno de referencias y explicaciones. Referir al mundo es imponer sentidos y ordenamientos a lo realverdadero, transferir un orden caótico hacia un ordenamiento lógico y racional. El proceso de individuación surge a partir de discursos arribando a ordenamientos o estructuras con base en el reconocimiento del lenguaje tejedor de significados. El *homo sapiens* es un *homo parlante* fragmentador del mundo. Pero, esta habilidad se encuentra implicada desde los niveles físico, biológico y psicológico; esto es, el hombre antes de hablar primero ha sido uno con la naturaleza, posterior al habla uno en la naturaleza y a partir del interhabla uno entre la naturaleza:

...la Palabra proporciona al hombre la primera y capital garantía de poder mantenerse firme ante el público de los entes. Únicamente donde haya Palabra habrá Mundo, esto es: un ámbito... Solamente donde haya mundo, habrá historia. La palabra es un bien, en el sentido de primogénito de los bienes: lo cual significa que la Palabra responde por, o que asegura que el hombre pueda tener historia y *ser* histórico (Heidegger, 1991: 25).

La lógica binaria (1/0=bit) es resultado de la visión dual humana que irremediamente afecta toda posibilidad de conocer, donde 1 (uno=orden) es afirmación positiva finita, 0 (cero=caos) es negación metafísica infinita, y su correlación probabilística es contradictorio-complementaria o integrada con tendencia al infinito (0) en cualquier caso. La visión sistémica muestra un estado de *complejidad diacrónica singular* pero no es sino hasta Prigogine y Bohm, la *teoría del caos* y la *geometría fractal*, que se inicia la explicación sincrónica del despliegue mismo del devenir naturado.

La subjetividad es infinita

Freud también parte del dualismo primigenio al desdoblar al individuo en *yo* y *no yo* o conciente e inconciente. Pero hace del yo conciente todo un tratado, mientras que cuando habla del inconciente lo hace sólo como “latente”, “reprimido”, “olvido voluntario”, “pulsión libidinal”; todo aquello que pugna por salir a la superficie de lo conciente pero que es reprimido u olvidado. Como si el conciente recortara un niño interior salvaje, un nudo etiológico de mil necesidades y deseos que no debe expresar a los demás.

Carl G. Jung considera que el nivel del inconciente que toca Freud es aún superficial, emanaciones pulsionales con un fuerte olor etiológico,² que a mayor profundidad lo personal y lo etiológico se difuminan; no obstante, se trata de un nivel ininteligible para un nivel conciente razonable. Recupera *la teoría de las ideas*, donde Sócrates propone la concepción innata de lo inconciente, entendiéndole como un sustrato psíquico compartido por todo ser humano que denomina *inconciente colectivo*. Este nivel funde a la conciencia con ciertos estadios históricos centenarios, milenarios o los estados más primitivos del ser humano, estados vegetales, minerales, incluso niveles cuánticos o la formación misma del universo. Conocimiento del futuro de idéntica manera que del pasado. Estas representaciones colectivas profundas se conforman de *archetypus*, que coinciden con los arquetipos egipcios ancestrales y los registros *akhásicos*. El concepto *archetypus*, significa literalmente “como un arco”. En la mitología egipcia, *arco* o *punte* aluden a órbitas celestes, remiten al “andar divino”, caminos reservados a los dioses-planetas, galaxias o constelaciones. Lo retoma de los escritos de Hermes Trimegisto, donde dice “*in se tanquam archetypo absconditum*”, señalando que los dioses no revelarán el paso, el puente. La sincronicidad jungiana afirma que los arquetipos son fatales y que su número puede ser infinito; también advierte que son paradójicos, pues poseen un *anima* y un *animus* que los generan.³

Los arquetipos son fatales como la muerte, el amor, la infancia, la juventud, la vejez, la unión, la separación, la abundancia, la carencia, la templanza, etcétera, cosas que a todo mundo acontecen. Para Jung, a diferencia de Freud, el inconciente no es lo que se reprime sino la disociación de la conciencia, que no puede contener la dinámica ingobernable de la naturaleza que pugna por salir a superficie de manera indirecta pero inevitable. Un arquetipo es un registro, huella o *imagen ancestral* que la dinámica naturada cruza imponiendo un comportamiento irremediable al individuo. De ahí, la intención de Jung por fusionar las actividades concientes con las inconcientes, lo que denomina precisamente *proceso de individuación*. Esto que Jung entiende como *proceso*, en Aristóteles es un *principio*. Así, mientras

² “...en Freud lo inconciente, aunque aparece —al menos metafóricamente— como sujeto actuante, no es sino el lugar de reunión de esos contenidos olvidados y reprimidos... de acuerdo con ese enfoque es por lo tanto de naturaleza exclusivamente personal” (Jung, 1981: 9).

³ “...de nada sirve aprender de memoria una lista de los arquetipos. Los arquetipos son complejos de vivencias, que aparecen fatalmente, o sea que fatalmente comienza su acción en nuestra vida personal” (Jung, 1981: 36)

que Aristóteles establece que la conciencia individual ha surgido de la separación del Yo de su entorno, Jung propone el retorno. Freud reconoce las raíces del nivel consciente en el inconsciente, sin embargo, Jung profundiza en el inconsciente recorriendo el camino contrario: el de la *fusión trascendental* del consciente con el inconsciente, la trascendencia de lo Otro. Esto es cuando la trascendencia traspasa los umbrales de la interioridad se funde con lo Otro, topándose más allá con la inmanencia que es su contrario.

La psicología jungiana y transpersonal considera que fluir en el inconsciente pliega a uno en la unidad al margen de todo enjuiciamiento, de toda determinación, de todo señalamiento. El inconsciente no posee sentido alguno, es a-causal, por tanto, no puede estar en contra ni a favor de nada. Esto se debe a que enjuiciar lleva de la afirmación a la contradicción, cualquier acción se realiza a favor o en contra de algo, pero cuando las ideas se liberan de toda argumentación y finalidad, más allá del bien y del mal se encuentra el inconsciente colectivo. Las ideas promueven actos y hechos de los cuales se constituye toda realidad humana, que las ideas prefiguran los hechos es análogo a las ideas de Platón, pero no se refería a la realidad producida por humanos, sino al devenir de la realidad naturada. En Platón, las ideas generan bosques, montes, océanos, planetas: *ideas-dioses*. La pretensión platónica y socrática era ver si somos capaces de representar en el cerebro tales ideas, si las *ideas humanas* son capaces de sincronizar con aquéllas en el mismo nivel de frecuencia obteniendo la misma potencialidad dinámica. Consideran que sí, pero el camino es la interioridad subjetiva. Los diálogos *ad hominem* regresaban reiteradamente a la máxima délfica del “conócete a ti mismo”. Y esto es porque la inmanencia interior trasciende lo Otro, encontrando en cada caso que, lo Otro es un espejo que refleja una exterioridad plena que abarca a uno mismo. El principio de individuación, se despliega en el interior de una realidad tridimensional que nos refleja en su superficie, su profundidad se presenta desde el seno materno, pasando por signos e historias, para finalmente llegar de nuevo al *universo infinito* que nos produce. Jung y Platón insisten en la necesidad de introyectar el *mundo del afuera*, dentro del *mundo interior*. La disociación producida por la pretensión del conocer “objetivo” es quimérica, de no partir del principio del reconocimiento de la subjetividad de quien conoce. La lógica de complementariedad parte de la *valoración subjetiva* en interacción simultánea con lo externo, proceso al que justamente Jung denomina *proceso de individuación*. De la reflexión de *Ello* depende nuestro grado y tipo de integración con el entorno inmediato y de cordura.

El elemento patológico no consiste en la existencia de estas representaciones sino en la disociación de la conciencia, que ya no puede dominar lo inconsciente. Por eso en todos los casos de disociación surge la necesidad de la *integración de lo inconsciente* en la conciencia. Se trata de un proceso sintético que yo he denominado “proceso de individuación” (Jung, 1981: 46).

La terapia jungiana se dirige a evitar todo enfrentamiento racional con los arquetipos interiores, el sujeto debe llegar a dialogar íntimamente consigo mismo de manera inmanente. “*El encuentro consigo mismo significa en primer término el encuentro con la propia sombra*” (Jung, 1981: 27; cursivas propias). Para este encuentro, Jung propone una experiencia guiada por la intuición que se deja llevar por las consecuencias de la inmediatez, obteniendo una descripción casuística, que a su vez sincroniza al Yo con su sombra. El *logos* refiere unas imágenes con otras y ello no necesariamente provoca simpatía entre signos producidos y las ideas arquetípicas. Karl Pribram afirma que el conocimiento más profundo es la relación entre la esfera de frecuencia y la imagen/objeto. La cuestión fundamental es si la mente nace de la interacción de un organismo con su entorno o si refleja la organización básica del universo incluso el cerebro: “Las imágenes son construcciones mentales. Nacen de procesos en los que están implicados el cerebro (objeto), los sentidos (objetos) en sus interacciones con el entorno (...). Las imágenes (un aspecto de la mente) son, por tanto, cosas que nacen en una formulación filosófica objetiva, objetivadora” (Pribram, 1987: 51). Todo depende del grado de *coherencia simpática* de las imágenes logicizadas o *signos*, respecto de lo que Platón llama *Eydos* o arquetipos. El concepto empatía deviene del latín *sympathia*, que a su vez deviene del griego *sumpatheia*, que se refiere a la identidad entre los atributos de sustancias distintas. En el tratamiento del esenciarismo platónico, considerado en la esfera de frecuencias, se puede decir que cuando existe simpatía entre todas las ideas, todas son una a la vez. Para Jung lo de fuera se encuentra a la vez dentro, existe un inconsciente colectivo en el interior de cada cerebro, que sólo se dispone en contacto cuando se simpatiza con arquetipos comunes. Es decir, el cerebro es un *modulador de frecuencias* que agita o despierta arquetipos contenidos de antemano en un nivel cuántico o subcuántico. Al recordar o divagar el cerebro humano sincroniza memorias bajo ciertas modulaciones de frecuencia, procesos que se manifiestan como un determinado estado de ser o de ánimo.

Es posible inducir estados de ánimo por medio de la música o de la luz, como también es frecuente inducirse a sí mismo una cierta modulación de frecuencia, por medio de algún *movimiento metafórico*, sustancia o arte que altere un cierto estado de ánimo. Estas actividades suceden con mucha frecuencia aunque se realicen de manera inconciente, la voluntad navega inmersa en la propia multidimensionalidad que ella crea. Puede ocurrir que un símbolo que se sincroniza con los arquetipos de manera viva, sin embargo, en la esfera de intercambio social, sea experimentado como signo o consigna, tal es el caso de la *svástica* hitleriana o de los colores de cualquier bandera, etcétera. Lo anterior se debe a que en el orden simbólico se publicitan ideales tratando de convocar la compartimentación de valores; sin embargo, detrás de ello se encuentran los arquetipos resistiéndose a ser encapsulados en signos, pues dejan de ser. A cada arquetipo le corresponden determinados rangos en los niveles de frecuencia, suele pasar que se simpatice con algún arquetipo pero que no se tenga conciencia notoria de ello. Los signos, de reflejar la esencia como tipos ideales, se transforman en arquetipos al ser asumidos por un *espectador ideal* que verdaderamente los asuma; en cambio, si son producto de la generalización de orden *ratio*, simples síntesis de generalizaciones, terminan por perder empatía vaciándose de contenidos. Ello se debe a que los arquetipos son formativos, es decir, generadores de energía; mientras que los signos no generan ningún tipo de energía sino que la piden prestada de los arquetipos de existir empatía. Los arquetipos implican a los signos, pero sólo en caso de que éstos simpaticen con los arquetipos se transforman en símbolos. En síntesis, *los arquetipos unen, los signos dividen, mientras que las consignas enfrentan a los unos contra los otros.*

Una sincronicidad actúa como un espejo, un espejo en el que se refleja el plegamiento y desplegamiento constante del universo... [la] creatividad actúa como una percepción pura e incondicional en el vacío, una percepción que crea las primeras dualidades... Son éstos los procesos y movimientos determinados que encuentran su expresión simbólica en una sincronicidad (Peat, 1989: 243).

Sir David Bohm considera que el lenguaje a través de las palabras fragmenta el mundo. Parte de que el gran defecto de la semiótica es el carácter finito de las palabras, que le impide hablar en términos de fluidez, terminando por tornar finito todo relato. A nivel ontológico, es necesario enfrentar al lenguaje y a la razón en relación con el silencio y la irracionalidad cuestionando

explícita y simultáneamente a ambos. La fragmentación que impone el lenguaje aumenta en la medida en que más se conoce, más nos separamos de la naturaleza unitaria, produciendo la neurosis y toda forma de violencia.

...la fragmentación está muy extendida por todas partes, no sólo por toda la sociedad, sino también en cada individuo, produciendo una especie de confusión mental generalizada que crea una interminable serie de problemas y que interfiere en la claridad de nuestra percepción tan seriamente que nos impide resolver la mayor parte de ellos. La sociedad en su conjunto se ha desarrollado de tal modo que se ha visto dividida en naciones separadas y en diferentes grupos religiosos, políticos, económicos, raciales, etcétera... cada ser humano individual ha sido fragmentado en gran número de compartimientos separados y en conflicto, según sus diferentes deseos, objetivos, ambiciones, lealtades, características psicológicas, etcétera, hasta el punto de que ya se acepte en general que es inevitable cierto grado de neurosis, mientras que muchos individuos, que llegan más allá de los límites “normales” de esta fragmentación, quedan clasificados como paranoides, esquizoides, psicóticos, etcétera. La idea de que todos estos fragmentos existen por separado es, evidentemente, una ilusión, y esta ilusión no puede hacer otra cosa que llevarnos a un conflicto y una confusión sin fin (Bohm, 1988: 19).

A pesar de su aparente inocuidad, las historias fragmentan al mundo, la referenciación de imágenes al desdoblar la visión del mundo inicia todo proceso de pluralización, también entendido como fragmentación. Desde un principio se ha originado toda separación y fragmentación del mundo. El lenguaje, en su descripción, fragmenta la visión de la naturaleza. Para alejarse de tales males, Bohm propone el *reuso del lenguaje* o la propuesta del *lenguaje fluido*, que es una especie de puente sustentado en la sincronicidad jungiana, que pretende considerar la empatía del despliegue de lo real con el plegamiento de un lenguaje fluido. Este *reomodo*, considera Bohm, parte del reconocimiento inicial de que la visión del mundo se encuentra constreñida primordial, mas no únicamente, por el lenguaje: “la estructura sujeto-verbo-objeto... supone que toda acción surge en una entidad separada: el sujeto, y que, en los casos descritos por un verbo transitivo, esta acción cruza el espacio entre él y otra entidad separada, es decir, el objeto” (Bohm, 1988: 55). El reomodo es una propuesta sintáctica en sentido restringido y semiótica en sentido amplio, se trata de la asimilación de las palabras a partir de su devinencia, es decir, de su negación.

Bohm, considera que en el infinito negado por la afirmación del contenido de las palabras se encuentra la fluidez del lenguaje, en los intersticios y no en las palabras. Se trata de la reconstrucción de un lenguaje que dé cuenta o refiera al holoflujo. Plantea al reomodo como una posible solución a la fragmentación de la realidad (pluralidad): “su función es, en primer lugar, la de hacer surgir una nueva percepción y la acción implícita en ella, antes que la de comunicar un conocimiento reflexivo de ‘cómo es todo’ ” (Bohm, 1988: 100).

Como forma óptima de *lenguaje fluido* Bohm propone a la poesía. Sustenta el concepto *poesía* en la acepción de *verso*, también se remite a la raíz latina *poesis*. Profundizando en la devinencia de *poeia* observamos que este vocablo latino simboliza el hacer puro, integral, actos éticos, lo que está claro y es simple e inclusivo. De ahí deriva la palabra *poesía*, entendida como obra devenida. Un *acto poético* consiste en ectoplasmar (del griego *ektos*, lo de fuera, exterior, y de *plasma*, la masa negativa de la célula o del átomo) imágenes puras en un receptáculo material. En la antigüedad, *plasmear* era considerado como lo que deviene desde dentro y adopta formas de manera indistinta, debe entonces entenderse como el *eydos* o esencia platónica que deviene continuamente en una diversidad de *estetós* o formas. Tenemos pues que las *imágenes puras* son arquetípicas por su fluir, que refleja a su vez la integridad universal, es por ello que, de manera natural, el lenguaje poético es fluido o armonioso. Las *imágenes poéticas* son *holistas*, *gestálticas*, *mónadas leibnizianas*, sus partes no poseen determinaciones, arreglos ni referencias. Los conceptos en cambio son arreglados de antemano, la imposición de sentido en cualquier caso abandona la poesía. Jacques Lacan define a la poesía como *artefacto sublimado*, porque se constituye en sí misma desde las entrañas de la fusión del significante con su significado. El *verso* es reflejo puro del *verbo original* que es fuente infinita de infinitud de la cual emanan todos los lenguajes, de la cual devienen todos los verbos, todo idioma, todo decir: Soy.

Pero, no se trata de cambiar el quehacer lingüístico, sino el cognitivo. Cuando el *alter ello* no se expresa en el devenir, existe una ruptura, fisura, desdoblamiento que puede incluir dos o más desdoblamientos esquizofrénicos; en cambio, el *hacer integral* lleva a ser el mismo ante cualquier situación, rompiendo la efemeridad de los papeles y disimulos que caracterizan a la sociedad moderna. No me refiero al hacer poético sino a todo acto puro, abarcando al campo total de la ética o de la vida entera. La

poesía o el arte nos hacen ver la incesariedad de negar lo que no se sabe, sólo porque no se encuentra al alcance de nuestros sentidos, saberes o instrumentos. Tampoco se trata de “no saber”, como si fuese posible disponer la mente en blanco (*tabula rasa*), pragmáticamente no se puede dejar de saber lo que se sabe ni saber lo que no se sabe; pero sí es posible dejar de anteponer el saber a lo que no se sabe, dejar de juzgar *a priori*, de pre-juzgar. Se trata del abandono de los juicios apriorísticos kantianos, el abandono de conceptos y etiquetas, dejar de creer que lo que se sabe es todo lo que *Es*, pues siempre habrá algo más allá de la relatividad de las verdades. Dice Plinio que la única verdad es que no hay verdad, cierto, no existe “la verdad” sino las verdades siempre efímeras, no existen verdades eternas ni absolutas, lo cual no evita que la relatividad de las verdades no posea algún tipo de permanencia y jerarquización. El hacer poético es de realización de actos sólidos e integrales, lo cual no significa volverse taciturnos ni seres perfectos automáticamente, sólo por intentarlo. No se deben esperar grandes transformaciones, al grado de la anegación de sí, al menos sería sospechoso, nada cambia aparentalmente a menos que uno mismo sea más uno mismo, sin modificaciones bruscas ni situaciones esquivas. De esta manera, siguiendo a Maslow, se obtiene la potenciación de las facultades creativas a través de la reunificación del Yo con su Ello.

...se puede llegar a la experiencia de la integridad a través de la experiencia de la naturaleza y también del arte, así como quizás de otras maneras. Yo estoy seguro de que el pensamiento mismo puede llevar a esta experiencia de la integridad en la medida en que puede dejar de reflejar todo lo que no sea él mismo. En ese momento se da *la ejecución de la integridad* (Bohm, 1987: 232).

Es posible reintegrarle su alma a la esencia platónica, a través del lenguaje unitario, como es el caso de la poesía y del arte en general. La conciencia emana desde la Nada fragmentando en discursos el metamundo pero, al tiempo que fragmenta, también correlativamente se separa de la conciencia unitaria. Para que el pensamiento unitario suceda es necesario que el lenguaje afirmativo se reconozca en su propia contradicción que es la Nada. *Nihilo Plenum* constituye la negación complementaria de cada palabra, hecho o acción humana. Se trata del reconocimiento de la infinitud en cada idea que “salta” desde la Nada plena a partir del ejercicio de la conciencia. Entre el “creer ver lo que se ve” y “lo que no se ve”, se elevan esos saltos, esos

nudos olas o “enclaves locales” llamados fenómenos, se ve lo que les une, que es la única e infinita posibilidad de todo. Para entrever ello, que es lo que une, antes es menester llegar a reconocer que nuestros actos y palabras poseen implicaciones infinitas y que no se trata de meras determinaciones *a priori*.

No es posible ir contra la naturaleza, pues primero tendríamos que afirmar algo para poder entonces ubicarnos en contra de ese algo y no de cualquier otro. Pero, al realizar tal operación, encontraríamos que requerimos un blanco bien clarificado que no podría entonces pertenecer a lo realnaturado que no posee sentido. La actitud de la naturaleza puede ser la de *la sombra*, pues nunca se deja atrapar y entre más creemos que la poseemos más se escapa y más se aferra a nuestros pies. El infinito es la sombra sempiterna de nuestros actos. ¿De qué escapa la *Sombra*? Huye, correlativamente, de cualquier proposición, de cualquier forma impuesta. En términos binarios, tenemos que la magnitud del ruido del orden o del caos, es correlativa al grado de afectación del equilibrio natural resultante de la relación orden/caos. Vemos pues, en cualquier caso, que no existe posibilidad de unificación del lenguaje si no es a partir de la aceptación de lo negado en cada palabra, entonces estaremos hablando de un *lenguaje absoluto*, de un *lenguaje global*.

Bibliografía

Bohm, David

1987 *El físico y el místico: conversaciones con David Bohm*, en Ken Wilber, ed., *El paradigma holográfico*, Kairós, Barcelona.

1988 *La totalidad y el orden implicado*, Kairós, Barcelona [1978].

Foucault, Michel

1968 *Las palabras y las cosas*, Siglo XXI, México.

1981 *Esto no es una pipa: ensayo sobre Magritte*, Anagrama, Barcelona.

Heidegger, Martín

1991 *Hölderlin y la esencia de la poesía*, Anthropos, Barcelona.

Jung, Carl G.

1981 *Arquetipos e inconsciente colectivo*, Paidós, Barcelona.

Lacan, Jacques

1968 *La transferencia*, Paidós, Barcelona.

Leibniz, G.W.

1986 *Investigaciones generales sobre el análisis de las nociones y las verdades*, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

Monod, Jacques

1993 *El azar y la necesidad*, Planeta-Agostini, Barcelona.

Paquet, Marcel

1994 *René Magritte (1898-1967): El pensamiento visible*, Benedikt Taschen, París.

Peat, David F.

1989 *Sincronicidad*, Kairós, Barcelona.

Pribram, Karl

1987 “¿Qué es todo este lío?”, en Ken Wilber, ed., *El paradigma holográfico*, Kairós, Barcelona.

Wiener, Norbert

1982 *La cibernética*, Tusquets, Buenos Aires [1948].

1958 *Cibernética y sociedad*, Sudamericana, Buenos Aires.

Nota recibida el 16 de febrero de 2004
y aceptada el 12 de julio de 2004